

Alberto Garrandés

Marea baja



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *Nosferatu (pequeño
homenaje a Murnau)*, de José Luis Fariñas

© Alberto Garrandés, 2023
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798880307913

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Al escribir sobre Thomas Browne y la urna donde, según este, se hallan los restos de Patroclo, el sedicioso W. G. Sebald escudriña el recóndito retazo de seda que la urna custodia. Algo de eso y algunas frases debidamente melancólicas (en cuyo fondo vive el miedo a la muerte) matizan mi ensueño, o mi memoria.

Iré al origen de todo a pesar de mis afirmaciones, que son casi siempre tan sarcásticas como amargas: tengo cáncer, tengo cuarenta y nueve años y disfruto de un buen físico. Ojos color canela, cabello crespo y entrecano, afeitado incorrecto, espejuelos cenicientos con armadura que imita la madera. Los médicos dicen que me queda un aproximado de doce meses de vida. Se trata de un promedio que se estiraría hasta el año y medio si me comporto bien.

Eso de comportarme bien fue dicho enigmáticamente. Pero la situación es como es y ni siquiera alcé las cejas. No me dio por indagar qué significaba aquello. Cultivo la lejanía y vivo en lontananza. De cualquier modo portarme bien significa hacer y dejar de hacer un gran número de cosas en las que quiero pensar sólo de forma selectiva y muy de vez en vez. Así que moriré de a pocos, como todo el mundo.

Tengo una amiga y un amigo que suelen visitarme. Se conocen, pero nunca acuden juntos. Creo que

se evitan con una especie de cordialidad minuciosa. Ojalá se vean en algún motel de las afueras, como amantes ocultos que comparten espasmos alegres. Me gustaría que esa fantasía fuera una realidad comprobable. Él me trae libros, catálogos y discos. Ella, whisky y chocolates. Separación de bienes. Una simetría perfecta. Nada mal, supongo. Me importa ser discreto. Parezco una caja de fósforos detrás de un búcaro de flores.

Mi amigo deduce que en mí hay un laberinto clásico y un laberinto barroco. El primero se refiere a mi vida ordenada y pública, mientras que el segundo tiene en cuenta mi vida desordenada y secreta: de lo metódico al desquiciamiento. Este amigo es de los que saben casi todo acerca de uno excepto el lugar donde anidan las sombras. Mi amiga a veces se asoma a esas sombras. Cree tener derecho a hacerlo. *Cuando la marea baja, las escolleras se descubren*, me ha dicho. Macabra y lúcida metáfora. Sé, por otra parte, que con la marea alta no se ve nada y los naufragios ocurren. Porque las escolleras son capaces de rajar la madera de un buque y hundirlo. Ignoro qué sería peor, si pactar con lo oculto o abandonarme a las revelaciones.

Un día después de adquirir mis medicamentos tomé la decisión de ir escribiendo trozos más o menos discontinuos de ese laberinto barroco. Trozos como fragmentos vetustos y manchados de una felicidad muy seminal (lo diré así, si ustedes no se ofenden), o como ruinas de alguna muralla, o de algún palacio galante (hecho para la complacencia y el picor) sepultado por el tiempo o la ira de las guerras. O como aquel

laberinto de Dédalo pero bañado, en un rompecabezas, por el néctar de la modernidad.

De esos pequeños documentos troceados brotó la *Suite Sheherezada*. No sólo me parezco ya a esa humilde caja de fósforos. También soy una costurera que empaqueta fracciones de tejidos diversos. Porque ya sabes lo que dice quien lo dice en Pinterest: *la nostalgia es una mentirosa sucia que insiste en hacernos creer que las cosas eran mejores de lo que parecían*. Como todo ser no amado, no sé si soy real hasta que alguien me toca y me acaricia.

Tengo la suerte de ordenar mi escritura en una habitación de paredes convencionalmente blancas. Cierta vez probé a escribir en un cuarto pequeño y climatizado donde la pintura, heredada de los ocupantes anteriores, era una variación perlada del azul. Me deprimí mucho. El azul perlado es el color de la muerte, o de la cercanía de los demonios patéticos. Fue en una época rancia, llena de enojos inútiles, en la que tenía mucho sexo y perdía el equilibrio si me hallaba en sitios demasiado abiertos. El azul perlado inculca un abatimiento profundo que te permite oír la voz de los difuntos. Haz la prueba, métete en una habitación así y enciende la luz. Es más: enciende *todas* las luces. Por muy brillantes que sean, siempre habrá una oscuridad sutil e invencible.

Dentro de poco seré un hombre entregado a la tierra y el polvo. Si en las postrimerías tuviera una amante, le escribiría esta pamplinoso petición: *Acuérdese de mí, querida, pero sólo cuando baile*.

Y ahora, un toque de alarma e incredulidad. Mi vida, lo indicaré sin dramatismo, por fin alcanza cierta sencillez védica. Pero uno es falaz y contradictorio.

A estas alturas no voy a cometer el ridículo de presentarme investido con las cualidades de un *bodhisattva*. He vivido como pude. Y como quise. No hay que empezar a decir tonterías y echarlo todo a perder.

Alguna vez le pedí a Dios encontrar las palabras exactas que mi corazón busca para llegar al tuyo.

Mi admirado Wittgenstein escribió que, frente a eso de lo que no se puede hablar, mejor es callarse. Cuando llegas al territorio en el que tu lenguaje parece suficiente y cuentas las cosas del mejor modo posible, empiezas a extrañar a todo el mundo. Sin embargo, no es verdad que sea así. No extrañas a todo el mundo, sino tan sólo a algunas personas. Lo demás es un espejismo lingüístico. No sé si ese atributo arruina o enriquece el donaire de los hechos. Creo que, en cualquier caso, es real. Y con eso basta.

*La Habana - Oasis de Siwah - Frigurbo -
Jerez de la Frontera - La Habana.*

SUITE SHEHEREZADA

Luvia fina e imprevista en el verano inseguro. Y, de madrugada, nieblas enmohecidas y forzadas a amotinarse. Libres ya del aire abrasador.

Bajé a la playa cuando todos dormían. Nadie me vio. Ni en la casona ni durante el trayecto. Seis cuerdas, tras una curva donde hay un terraplén iluminado por la Madre Luna.

A esa hora no había bañistas, a no ser algunas parejas solitarias o gentes que iban refugiándose en dispersas tiendas de campaña donde ardían luces de viejos faroles de keroseno.

Huían de las sombras intermedias del crepúsculo, que son las peores porque permanecen.

Busqué el segmento de las rocas y caminé hasta dar con el sitio. Mi sitio propio, mi lugar de meditación. Aunque meditar allí, donde algunos solitarios se protegían de la multitud, era lo más difícil del mundo.

Así conocí a esos solitarios. Personas de paso y deseosas de olvidar el pretérito. Atentas (de forma inflexible y austera) al presente. Amigos transitorios, hijos de la arena húmeda y las algas secas.

Por las noches se dejaban oler en silencio, respirando acompasadamente antes de entregarse al ensueño y la intoxicación del deseo, en medio de la cual

veían un monolito de ónix alzarse sobre las aguas de la lejanía.

Tenía en mente mi plegaria y sabía que, si me acostaba en la roca plana de la cima de un pequeño promontorio que yo conocía bien, la plegaria se elevaría encaminándose, con la vacilación propia de la esperanza, hacia los oídos de los Señores de la Eternidad.

Supongo que era una buena plegaria. Decirla frente a las aguas no me costaba nada.

Un cangrejo alzó su muela mayor y dibujó unos signos. Tal vez eran un obsequio, una advertencia o un simple comentario sobre el poder de la Madre Luna.

Subí al promontorio, me acosté con la cara volteada hacia el mar y empecé a susurrar.

El momento tenía una delicada majestuosidad.

Sin embargo, no bien hube pronunciado las primeras palabras, vi a un muchacho desnudo que marchaba hacia la orilla, ingresando en el mar con determinación.

No es que caminara ruidosamente o con apuro. Su paso ostentaba gentileza. Mostraba el talante de mis amigos transitorios y creo que habría podido convertirse en uno de ellos. Pero embistió las olas menospreciando su densidad nocturna, y así anduvo hasta que el agua lo tapó por completo.

Alcancé a ver las huellas de sus pies en la arena.

Una sordina invadía la tibieza del aire manso que soplabá.

Espere a que el muchacho emergiera dando tumbo, o gritando, o maldiciendo, o riendo como un loco. Pero nada.

Cubierto por la tranquilidad de la brillante superficie, su presencia allí acaso aspiraba a ser un borrón sin más. No emergió. No hizo nada por emerger. La Madre Luna barría las tinieblas y la claridad resultaba irrefutable.

Después de lo que acababa de presenciar, mi plegaria se transformó en algo banal. Un hombre desnudo y muy joven entregándose al mar sin gesticulaciones ni melindres. Un muchacho que quería morir y ya. Y yo ahí, murmurando palabras de segunda mano.

2

Tengo una paloma que, sin saberlo, liberó los rayos de Zeus contra mí. Una mujer que lee el Tarot (rostro detrás de un chal calado, de seda amarilla) me dijo: *Eres la Torre herida por el Rayo*. Le contesté que sí, que vivía en una torre y que una vez me enviaron un rayo y la torre se derrumbó y estuve a punto de desaparecer en una oquedad de la corteza terrestre, en el interior de una geoda llena de amatistas y esmeraldas donde habitaba un Juez Severísimo. *Qué milagro que los demonios no te llevaron a la Tierra de los Infieles*, dijo la mujer del Tarot. *Dentro de mi corazón hay una tristeza amarga que no cesa*, contesté. En la carta que sostenía la mujer había, en efecto, una torre derrumbándose. *Ese soy yo, en trance hacia la muerte*, dije. *Con esa tristeza ya estás pagando lo que hiciste*, aseguró la cartomántica y me miró con lástima. *El Juez Severísimo me dijo que todavía faltaba una cosa*, repliqué. *¿Qué cosa?*, preguntó, un poco altanera, la mujer del Tarot. *Pedir perdón de rodillas*, contesté. Ya

estás pagando, repitió la mujer. No, jamás podré pagar... sólo si el Tiempo regresara y volviera a buscarme para que los hechos cambien, dije. Pero eso es imposible, sólo los Señores de la Eternidad podrían hacer que el Tiempo regrese, lamentó la cartomántica cerrando los ojos.

3

He aquí una gramática dolorosa y brutal.

¿El rubí que nace en los deseos de una mujer?

¿El rubí ensangrentado contra la esmeralda donde hueles todo el bosque?

Nunca se sabe. Hubo un día especial, una noche, una hora. O eso imagino. ¿Mi primer encuentro con la abyección? No lo sé. Entre sueños y más sueños yo había vivido ya aquello de la soledad y su amiga la abyección, en el borde de una piscina llena de jovencitas nerviosas y muchachos embriagados por el deseo. Todos dentro del agua recién clorada. Todos menos dos: él y yo.

Él era de provincias, parecía medio enano y usaba una camiseta azul y un short blanquecino. Lo habían operado de la garganta, del esófago, de la tráquea tal vez (la tráquea y el esófago carcomidos por la sosa cáustica que su madre había confundido con algún líquido refrescante).

No se atrevía a entrar en el agua y reproducía sin saberlo aquella anécdota bíblica, vuelta a contar por Rimbaud, del leproso en el baño público. Casi se podía decir que sostenía con honor el peso de una fealdad repelente, y entonces elegía quedarse en el incierto

muro de losas de barro, sentado en la humedad, salpicado por gestos de contento y de violencia retozona.

La piscina había estado allí desde siempre, sucia, encostrada, y alguien sugirió pasarle una espátula al fondo, y aparecieron decenas de espátulas y un pequeño ejército de hombrecillos raspadores. Cuando las costras fueron barridas y retiradas, se hizo lo mismo con las paredes. Un tipo trajo varias latas de pintura verde mar y al cabo de unos días la piscina se convirtió en el centro de la vida.

El día de la inauguración yo era el caminante pálido y sin sueño. Y hacía pequeños hallazgos: la cola seca de un escorpión, unas semillas que contenían una nuez de sabor agradable y efectos moderadamente alucinógenos, un machete oxidado y de empuñadura anómala, un neceser muy femenino que contenía un blúmer enrollado con una banda elástica, y un recipiente de barro con bolas de madera.

Dentro del blúmer descubrí una torunda ensangrentada. Compresa menstrual, apósito negruzco. Olía a sangre podrida y seca. El olor, polvo dulce, me excitó a medias y habría lamido la sangre si el miedo a contaminarme no hubiera mordido mi alma.

¿A quién pudo pertenecer aquel blúmer?

Tiempo después, en distintos momentos de mi vida, topé ansioso con muchas compresas menstruales. Mi lengua se llenaba de saliva. Las tomaba con gran esmero y las olía. Eran tan fragantes que mi salivación tornaba a desbordarse. En algunas noté algo más que sangre, residuos parecidos esputos, babas transparentes y rosáceas, y comprendí que se trataba

de esas sublimes (y benignas por demás) secreciones de placer que algunas mujeres dejan mientras se desangran dulcemente.

El medio enano del esófago plástico lo observaba todo con sus grandes ojos grises. Con la visión centelleante a causa de mis nueces (había ingerido diez o doce), me senté a su lado y vi a una especie de Esther Williams amulatada (esa tonalidad de la melcocha cuando aún no se aclara) que emergía chorreando agua y sacudiéndose el pelo denso y arbolado. En su mirada había un desafío que segregaba fastidio y que me resultaba inexplicable. Hasta que entendí que ella suponía que yo estaba espiando y disfrutando del llamativo accidente del que había sido víctima: al emerger demasiado de prisa, el lazo derecho de su bikini se había aflojado y un seno floreció allí de repente, rígido a causa de la frialdad del aire.

¿Qué haces cuando, por unos segundos, se te revela por primera vez la forma de un pezón que era un pequeño Monte Fuji sin nieve sobre una areola cuyo realce hacía pensar en un territorio roturado por pequeñísimos gránulos oscuros? No haces nada. Quedas inmóvil. Tratas de respirar, o de seguir con tu respiración habitual y ya.

Bien vistos, amplificados en una supuesta fotografía, aquellos gránulos desapacibles devenían la pasión de una lengua irresoluta y apurada. Una sufrida y lentísima lengua que circunvalaba el Monte Fuji sin tocarlo, para no perecer. ¿Cómo evitas eso cuando pruebas un pezón así e impides que se fugue de tu boca al retenerlo, endurecido, tras el cerco homérico de tus

dientes? Los gránulos eran como la piel de un reptil, o como la superficie de un planeta que los meteoritos acribillan.

Los gránulos incrementados: la piel de un draco antediluviano, la cara de un satélite con perforaciones.

Esther Williams me observaba anhelando mancillar mi forma de quedar atrapado por su seno manifiesto. De un manotazo se cubrió la desnudez y avanzó hacia la escalera metálica. Salió, airada, de la piscina, y por un momento se detuvo a observar el paisaje de muchachas gritonas y jovencitos sobresaltados. Después, al comprender que nadie la miraba excepto yo, caminó resuelta hacia los vestidores. Antes de perderse tras la pared volteó la cabeza. Supuse que me hacía una seña, que me invitaba, o que me lanzaba una advertencia rencorosa y ambigua. Me levanté, acomodando como podía mi erección (un trabuco rebelde mantiene su identidad a despecho de cualquier cosa) y fui tras ella. Cuando traspuse la pared en busca de la entrada de los vestidores, choqué con su cuerpo. Esther Williams era tan alta como yo.

Percibí su aroma a coco y crema perfumada como una consecuencia inevitable de aproximarme demasiado a su pelo. Empecé a temblar. Tenía su pezón descubierto otra vez, a pocos centímetros de mi boca y lo alzó apretando el seno desde abajo. *Ven, chupa*, recuerdo que dijo. Un reto. Y fui obediente. Imaginé que había una mezcla de miel y leche bajo mi lengua. ¿O es que la miel y la leche vendrían a adornar mi saliva con el paso del tiempo, tras la torpe y parsimoniosa llegada de las metáforas místicas? Chupé inexperto,

con irresolución y languidez, demorándome. Chupé, al fin, con esa hambre sobrenatural que se apodera de un recluso a punto de morir.

Cuando se apartó vi que sonreía. *Perverso*, murmuró con resentimiento.

Su pezón era tan letárgico que ni siquiera tomé en cuenta la posibilidad de acariciar las greñas de su pubis. Meter la mano por la costura lateral del bikini y masajearle la grieta a Esther Williams.

Caminé soñoliento hacia un terreno cubierto de hojas secas que bordeaban un viejo cenador sin techo, lleno de enredaderas. Allí me masturbé.

El provinciano medio enano del esófago plástico había seguido mis pasos, también en busca de Esther Williams, y unos minutos después de evadirme por entre las frondas del cenador lo vi llegar con paso vacilante, como si viniera a darme alguna noticia. Se peinaba con meticulosidad y en su mirada cabía una insólita mezcla de tristeza y lascivia. Por suerte no me vio, pues junto al cenador había crecido un bosquecillo hacia donde escapé arrastrándome.

Agachado junto a un árbol que olía a orines intenté dar con él. Miré en todas direcciones, pero había desaparecido. ¿Mi presencia allí lo disuadía de comportarse como un intruso perfectamente impúdico? Escuché un sonido rufanesco y silbante y pensé en su cuerpo pequeño solazándose encima de las hojas muertas, en perfecta libertad para desnudarse y hacer lo mismo que yo. Poco a poco fui levantándome hasta poder observar el cenador y las frondas, y distinguí, a pocos metros, la figura de un animal que meaba en-

cima de la hierba. Tenía la piel muy blanca y lisa y su figura admitía la hipótesis del cruce de un cerdo bien cebado con un hombre pequeño y calvo, pero de aspecto juvenil.

El olor a orines procedía de ahí. Me aparté del árbol, salí a la breve rotonda y el animal movió el hocico escrutándome. El gesto no pasaba de ser un temblor de reconocimiento pasivo y me acerqué aún más. Anatomía menguada y llena de curvas. Cabeza larga y ojos blanquecinos, de cocatrix, de donde procedía una suerte de lucidez contemplativa. Los orines no se detenían. Le di la vuelta al animal para verlo mejor y advertí que tenía una cola enjuta y corta, como una brocha de pintor. A dos o tres centímetros de la cola se distinguían el agujero del culo y una hendidura rojiza.

Por mi mente pasó la idea, muy clara, de introducirme en una de aquellas aberturas, y empecé a tener otra erección. Pero en eso vislumbré a Esther Williams caminando medio desnuda, como una sonámbula, y vi que se adentraba resuelta en el bosquecillo. Antes de perderla de vista corrí a encontrarme con ella, pero el sol me dio de lleno en los ojos y perdí toda orientación.

4

Aire arcilloso. Náuseas.

Pandilla de descreídos.

¿Y si cuento, sin incrementos ni despojos, la historia de mis familiaridades con el Carnaval? Añadiría brochazos embellecedores si hicieran falta y el amanecer me encontraría trémulo de la cabeza a los pies.

ÍNDICE

Al escribir sobre Thomas Browne... / 7

SUITE SHEHEREZADA / 11

FINALE CALMO E MAESTOSO / 291